

LA PROXIMA

Por CLAUDE ROY, desde NUEVA YORK

VEZ,

EL FUEGO



● Nueva York, la ciudad más fantástica del mundo. ● Todo estaba previsto, excepto que no se podría salir solo por la noche. ● ¿Qué hay que hacer con lo que se tira? ● Las basuras y la polución del aire son los problemas de la ciudad más rica del planeta.

EN Nueva York he logrado comprender por qué los americanos, o mejor dicho, unos americanos, han sido los primeros en poner el pie en la Luna. Ha sido para no ser los últimos en arrastrarlos en las calles de sus ciudades. Hace veinte años que no había estado en Nueva York. Me doy cuenta, una vez más, de que Nueva York es la más enorme máquina para remontar, desmontar y sobremontar el tiempo que hayan inventado los hombres. Hace veinte años, Nueva York, que no se parece a nada, se parecía mucho al París actual. Pero si dentro de veinte años París se parece al Nueva York con el que acabo de encontrarme de nuevo, la perspectiva no es precisamente alentadora. En todo caso, no es sólo alentadora...

Naturalmente, Nueva York sigue siendo una ciudad absolutamente fantástica, una ciudad de 1890 y de 1990, la más vieja joven ciudad del mundo, una ciudad de la que no me atrevería a decir que es bella. Pero también se habla de la belleza del diablo, de la belleza de los volcanes, de la belleza de las pérfidas selvas vírgenes, de la belleza de los amontonamientos de estrellas en el barullo de las galaxias. En Nueva York, a cada instante, se tiene la impresión de estar tan vivo que todo puede ocurrir, lo mejor, lo peor y lo inesperado, totalmente inesperado.

"Apolo 2.000"

Esta mañana me he cruzado en mi calle, en diez minutos, con quinientos neoyorquinos medios que iban a su trabajo, con mil amas de casa medias que iban a la compra, con un coche de bomberos con

su terrorífica sirena, con doce muchachos con la cabeza rapada, en túnica amarilla de monjes budistas, que iban desde el Village hasta Times Square para allí dar a conocer la palabra de Buda, con veinticinco judíos hassidistas, con largos rizos, que distribuían octavillas para protestar contra la práctica de la autopsia de los muertos en Israel, y he visto, entre la tienda de ultramarinos y la tintorería, el escaparate de la Sociedad Espiritista de los portorriqueños de Nueva York que, como no tienen bastante dinero para poner conferencias a la familia que se ha quedado en en el país natal, se reúnen todos los miércoles para hacer que los veladores se muevan y entrar en comunicación con sus muertos.

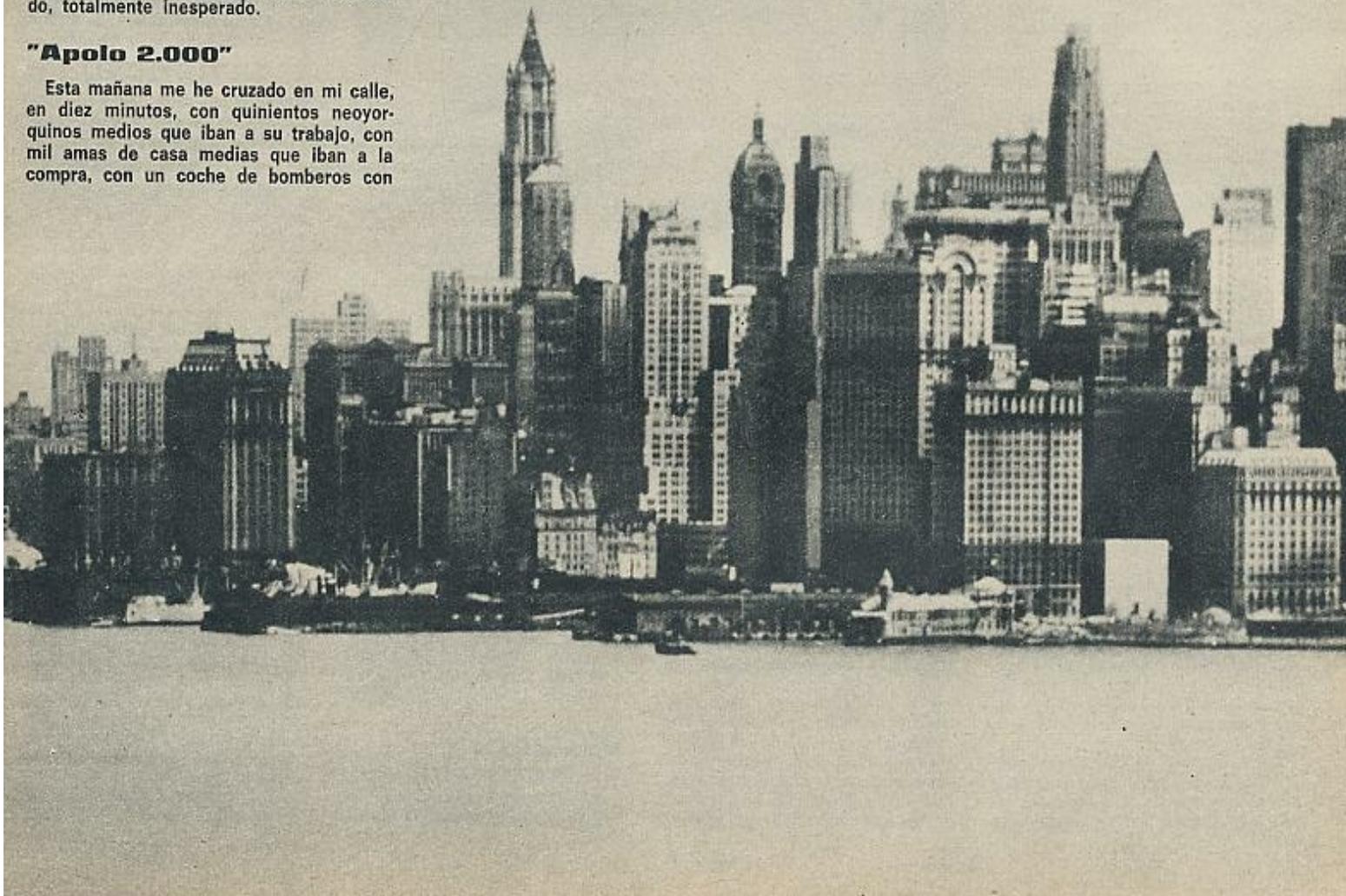
En efecto, Nueva York sigue siendo esa ciudad fabulosa en la que la realidad sobrepasa a la imaginación lo mismo que el Empire State Building sobrepasa al caminante. Pero si Nueva York es el gigantesco "Apolo 2.000" que las grandes ciudades del mundo han lanzado al estratot tiempo y a la cosmo historia para saber lo que será una ciudad del futuro, mientras que el futuro no es sólo una historia de casas de cuarenta pisos, de acondicionamiento de

aire y de acondicionamiento de masas, sino también una historia de basuras y humos soportada por un gigante.

La explosión de los cubos de la basura

Hace veinte años, los profetas de la dicha y la desgracia nos anunciaban escenas de la vida futura, alternativamente, rosas o negras que iban del sol primaveral todos los días del año a una sociedad de «robots» con los cerebros loboctomizados por los mass media. Se nos prometía la invasión benéfica de los refrigeradores, de los atomizadores y de los euforizadores para todos, la invasión maléfica de los despersonalizadores, de las bombas atómicas y de las ratas o las hormigas con rostro humano. Creo que hay algo que nadie había previsto, y es que los grandes problemas del porvenir urbano iban a ser, sobre todo —al margen del problema racial—, las basuras y el modo de deshacerse de ellas, los bandidos de las grandes arterias y el modo de deshacerse de ellos, el aire podrido y el modo de no reventar por su causa...

No voy a decir que hace veinte ▶



LA PROXIMA VEZ, EL FUEGO

años Nueva York estaba limpio como un cent nuevo. Cuando el otro día, en Brooklyn, oí al antiguo alcalde de Nueva York, Robert Wagner, candidato desafortunado en las recientes eliminatorias del partido demócrata, declarar al auditorio que «en sus tiempos, por lo menos las calles de la ciudad estaban limpias» pensé que exageraba. Pero lo que sí es cierto es que en unos años la lata de la basura, la basura sin lata, la lata de conservas en libertad, la mugre y el despojo parecen dominar cada vez más insolentemente, junto al enfrentamiento de las razas, la situación urbana. La sociedad de producción-publicidad-consumo parece haber olvidado varias cosas, y, entre ellas, el preguntarse qué se hace con lo que se tira.

En la actualidad, el alcalde de Nueva York es un señor que se supone va a resolver el problema de la explosión demográfica, de la explosión de las minorías raciales y de la explosión de los cubos de la basura. Cada americano tira, por término medio, más de dos kilos diarios de basura, sin contar los automóviles viejos. Esto, lo que puede quemarse y que los incineradores no logran digerir, y lo que no puede quemarse. Las municipalidades buscan afanosamente pozos mineros abandonados para echar a ellos su espuma, fondos marinos inaccesibles para ahogar en ellos sus basuras, incineradores milagrosos que lo quemem todo sin envenenar la atmósfera. La polución del aire ha alcanzado proporciones terroríficas y empeora de día en día.

Los especialistas hablan de un Apocalipsis de los derechos, de una inundación de la botella vacía, de una marea negra de la basura. En cuanto sale de las grandes avenidas lujosas quien se pasea por Nueva York tiene la impresión de que no es la invasión de los marcianos la que amenaza la ciudad, sino la de la mugre pululante. Los cubos de la basura, que apenas vaciados abren sus tapas como ostras de pesadilla vomitando de nuevo su exceso sobre las aceras, parecen reír sarcásticamente como indomables «robots» perversos de película de terror. En la lucha de los hombres contra sus basuras no es, desde luego, el neoyorquino quien lleva las de ganar.

Tampoco voy a decir que hace veinte años las calles de Nueva York eran idílicas, que las agresiones, las violaciones, las bandas juveniles y la mafia no existían. Pero las comisarias de policía no habían llegado aún a tener que poner en la pared, en dos lenguas —español e inglés—, las instrucciones que he leído en todas las entradas de los edificios de la ciudad alta, en los alrededores de la calle 70.

1. Eviten, en cuanto sea posible, ir solos por la calle durante la noche.

2. Cuente con un amigo o un

pariente para esperarle a la salida del «metro» o del autobús.

3. Al llegar a su puerta, tenga la llave preparada para introducirla en la cerradura.

4. No suba nunca solo al ascensor con un extraño, sea cual sea su edad.

8. Permanezca vigilante mientras anda. Mire sin cesar a su alrededor.

12. Lleve siempre consigo un silbato o una sirena de alarma de transistores (de venta en todos los grandes almacenes).

o del exterior. La ayuda familiar por hijo es de 71,50 dólares por mes, en Nueva York; de 8,50 dólares, en Mississippi, y de 0 dólares, en Puerto Rico...

¿Cómo sobrevivir cuando se es neoyorquino? Es asunto de América y de los americanos. Es un problema para todas las ciudades del mundo. Ni Londres, ni Roma, ni París pueden decirse que esto no es asunto suyo. ¿Cómo sobrevivir cuando se habita en una ciudad? Se trata, sólo, de un problema que Nueva York plantea por adelantado a todas las ciudades de la tierra.



Las ratas, en la jaula

Hay veintidós artículos de este tono, y no estoy seguro de que puedan evitar el ser desvalijado, golpeado o violado a quien se haya empapado bien de ellos, pero lo que sí puede asegurarse es que deben tener a los habitantes del barrio en un estado permanente de miedo difuso. La proporción de ataques nocturnos y la criminalidad de Nueva York son, en efecto, las más elevadas del mundo. Pero ninguna estadística puede decir cuál es aquí el índice de neuróticos cotidianos ni el color de las pesadillas nocturnas de ocho millones de neoyorquinos, lo cual, por otra parte, no impide la llegada diaria de miles de emigrantes del interior

Las experiencias de los biólogos demuestran que si se encierra a dos ratas en una caja se consuelan de la cautividad mediante la amistad mutua. Si se encierra a seis en la misma jaula se vuelven paranoicas. Si son doce, se destruyen. Los grandes problemas que, consciente o inconscientemente, se plantean los neoyorquinos en el verano de 1969 son los siguientes: ¿Somos sólo paranoicos o vamos a luchar? ¿Vivimos en una ciudad o en una casa de locos, que se convertirá en un polvorín explosivo?

Victoria de la angustia

Las elecciones preliminares de los candidatos a la alcaldía de los

dos grandes partidos no sólo han representado la derrota de los dos alcaldes que se presentaban, el alcalde saliente, John Lindsay, por los republicanos, y Robert Wagner, alcalde de Nueva York en 1954 y 1965, por los demócratas. No sólo han representado la derrota de dos liberales y la victoria de los dos candidatos más de derecha, que hacen una política que en Francia se llamaría «pujadista», que lo han prometido todo y más, y, en especial, tener mano de hierro en guante de acero. Las «primarias» han sido las elecciones de las inquietudes y de la victoria de la angustia. Los judíos tienen miedo de ser expulsados de sus tiendas de comestibles por los negros que se instalan en sus barrios; los italianos y los irlandeses tienen miedo de la invasión de Nueva York por los portorriqueños; los eslavos y los alemanes se ven amenazados por nuevos inmigrantes; los habitantes de los barrios donde se ha creado una psicosis de inseguridad tienen miedo; los lectores de los sucesos en los periódicos tienen miedo.

No se trata, naturalmente, de imaginar un Nueva York de Apocalipsis, una atmósfera de película de terror, una ciudad puesta en escena desde la noche a la mañana por Alfred Hitchcock. Nueva York trabaja, bulle, el pueblo llano va el domingo por la mañana a comer gambas y patatas fritas a Coney Island, la gente bien va a bañarse a playas menos sucias, los restaurantes están llenos, los «metros» abarrotados. Pero para todo el mundo la incertidumbre se sitúa en segundo término, y la posición, para muchos, va por dentro.

En los arrabales del este de Nueva York, donde los negros han empezado a instalarse al desbordarse Harlem, he visto docenas de tiendas cerradas, con letreros de «se vende» en los escaparates. La carnicería Levison, la tienda de «delicatessen» Greenberg, el «coffee shop» Siegel, el almacén de comestibles Levine. En Newark he visto cicatrices de los grandes disturbios raciales de hace dos veranos, una calle en la que las ruinas ennegrecidas de un cine que no ha sido reconstruido —¿para qué?— y los escombros, apenas despejados, de media docena de tiendas incendiadas aún cuentan una historia de fuego y furia, de manos negras agitando las antorchas de la cólera.

He preguntado a docenas de neoyorquinos si creían que el primer verano del presidente Nixon sería un «cálido verano». Todos estaban, por lo menos, de acuerdo para contestar que hay posibilidades de que así sea. Unos, porque creen que no se ha hecho lo suficiente para resolver los problemas de la miseria, del paro, de las universidades, de los «ghettos», de las minorías. Otros, porque creen que no se ha hecho lo bastante para tener bien sujetos a los estudiantes, dominar a los negros y mostrar las

fuerzas del orden a los creadores de desorden. Hace ya ocho años que el escritor James Baldwin publicó el libro que le hizo famoso: «La próxima vez, el fuego». Este título de su libro está más de actualidad que nunca. La próxima vez, el fuego. ¿Será mañana la próxima vez?

La campaña electoral de las «primarias» ha terminado. John Lindsay, batido por su adversario republicano de derecha, no se ha declarado vencido y piensa volver a presentarse en noviembre, a pesar de todo, con la esperanza de lograr con su nombre la coalición de los liberales del partido republicano, los del demócrata y una mayoría de negros. Pero en el «metro» se leen todavía los carteles electorales de su contrincante demócrata, el ex alcalde Bob Wagner. Hacen referencia al miedo y a la nostalgia de los «buenos viejos tiempos» que, sin duda, nunca existieron.

«En mis tiempos —dice Wagner— había un polizone en cada esquina. Lindsay los ha sustituido en gran parte por patrullas en automóvil. Un policía en coche ve mal, oye mal, sabe mal lo que ocurre en la calle. Antes, el policía era uno de vosotros, y bajo su camisa azul latía un corazón». Wagner se ha apoyado en la cuerda sensible del pánico, pero, pese a todo, ha sido batido por Procaccio, cuya campaña podría resumirse diciendo que no ha prometido agentes campechanos, sino «polis» que sabrían arrear si era preciso.

En los establecimientos del barrio en que vivo se encuentra siempre, sobre el mostrador, prospectos de cerrojos de seguridad. La Compañía de Electricidad de Nueva York proclama en los autobuses que la mejor defensa contra los atracadores es una bombilla de cien vatios encendida toda la noche. Pero aquí se tiene la impresión de que las tres cuartas partes de la gente tienen una bombilla encendida toda la noche en su cabeza. Un millón de neoyorquinos que viven de la ayuda municipal a los pobres, otro millón que gana menos, y frecuentemente mucho menos, de cinco mil dólares al año, los pequeños comerciantes judíos del extrarradio que tienen miedo de los negros, los portorriqueños que hablan mal inglés, los negros, que son negros...

Hombres de orden

La burguesía negra tiene miedo de los «enragés» de la comunidad negra, Black Panthers, BCD (Black Culture Development) y de las numerosas organizaciones de combate que hacen pensar en lo que representaron la Hagannah al comienzo de Israel o los terroristas de la Rusia zarista. Los negros pobres y no politizados, o la mayoría de los negros ricos y liberales, tienen miedo de todo: de los extremistas blancos, de los «enragés» negros, de las camisas azules de la policía. Y, además, cualquier neoyorquino tiene miedo de la mafia.



LA PROXIMA VEZ, EL FUEGO

Un tribunal de Nueva Jersey se ha negado en estos días a que la acusación utilizara como pruebas las grabaciones de conversaciones entre los dirigentes y los miembros de la «Cosa Nostra». Pero el FBI ha publicado cientos de páginas que reproducen, taquígraficamente conversaciones entre mafiosos que sus agentes han grabado desde hace treinta y seis meses colocando micrófonos en los domicilios de los jefes de la mafia, en sus oficinas, en sus bares, en sus restaurantes. De la lectura de estos diálogos se desprende, por otra parte, que los líderes de la mafia son «hombres de orden». No están únicamente interesados en los rendimientos de sus «rackets», en las cotizaciones de sus víctimas, en los beneficios de su comercio de juego y droga. Les interesa también que cada uno se mantenga en su puesto; uno de los jefazos de la «Familia», De Cavalcante, discute ampliamente con sus lugartenientes los medios para liquidar a un «Black Muslim» y presentar el asesinato como «un crimen de negros».

Los «gentlemen» de la mafia

Un profesor de la universidad Columbia, me contaba otro día que, durante el reciente movimiento estudiantil, el decano se había encontrado con la sorpresa de recibir la visita de los «gentlemen» italo-americanos que, en nombre de la mafia, venían a proponer a la universidad los servicios benévolos

ritimo, representan en valor el cuarenta y nueve por ciento del comercio de todos los Estados Unidos, la ciudad que es la primera plaza financiera del universo, tiene también miedo de quedarse sin dinero. En diez años, más de un millón de ricos contribuyentes neoyorquinos se han ido a vivir al campo, fuera de los límites de los impuestos municipales, y han sido sustituidos por recién llegados, miserables o pobres. Equilibrar el presupuesto de Nueva York, invertir en gastos sociales, en la construcción, en el urbanismo, es un rompecabezas cada día más insoluble. Mientras tanto, las fundaciones religiosas, los hospitales privados, las escuelas confesionales, las «cruzadas evangélicas» de Billy Graham están exentos de cualquier impuesto. La lotería de los pobres, el juego ilegal de los «números», inspirado en el «lotto» italiano, rinde a la mafia, según estima la policía, cinco millones de dólares a la semana, de los que, naturalmente, la ciudad no percibe un céntimo.

Mientras Nueva York se ahoga en sus atascos, en la polución del aire, mientras los pobres blancos, los negros pobres y los portorriqueños sin una gorda, se asfixian en «slums» desconchados, en «ghettos» miserables, y mientras la mugre está en la acera y el motín quizá a la vuelta de la esquina, ha bastado con un desplazamiento de 10.000 votos en el partido republicano y con una mayoría de

de traducirse por miseria y motines.

Ante ciudades que sobrepasan la imaginación hace falta una imaginación que sobrepase a las ciudades. En Nueva York, por lo menos un hombre ha propuesto soluciones que no consisten en poner un emplasto en un cáncer, en reclutar simplemente cinco mil policías más, en establecer la asfixia de los ciudadanos como un orden normal de cosas, restableciendo la ley y el orden. Un chófer de taxi me ha dicho: «Yo habría votado por Norman Mailer. Lo que decía era razonable. Lástima que sea un escritor».

Un semillero de ideas

La reacción de mi taxista ha debido ser semejante a la de docenas de miles de neoyorquinos, ya que entre los 730.000 votos emitidos a favor de los candidatos demócratas en las «primarias» Norman Mailer ha recibido 40.000 y sus tres adversarios 650.000. Estos 40.000 votos quizá sean precisamente los que le faltaron al candidato demócrata más liberal para ser investido. El autor de «Los desnudos y los muertos», de «Por qué estamos en Vietnam»; el autor de ese asombroso libro sobre la Marcha de la Paz sobre Washington, que le valió el National Book Award y el premio Pulitzer, «Los ejércitos de la noche», ¿ha sido acaso uno de esos candidatos fantasma y marginales que juegan con

que la campaña que él ha llevado a cabo con su compañero de lista, el periodista Jimmy Breslin, es menos un intento de convertirse en alcalde de Nueva York hoy que un semillero de ideas que mañana podrán germinar para la salvación de la ciudad.

Nunca he visto a Jean-Paul Sartre estrechar manos ante la acera de las Galerías Lafayette, pero sí he visto a Norman Mailer en la acera de la esquina de la Séptima Avenida y la calle 33, ante los grandes almacenes Macy's, a la hora punta. Teníamos cita dos días después en su cuartel general, pero el azar adelantó nuestro encuentro. Yo estaba comprando camisas de verano en las rebajas de la entreplanta cuando un gran atasco cortó el paso entre la sección de camisería y la de perfumería. Los policías privados de Macy's en camisa azul de manga corta, llegaron corriendo. No sé si pensarían que un escritor candidato a la alcaldía no resulta serio, como lo pensaba mi chófer de Brooklyn. Pero pensaban que Mailer y los estudiantes que distribuyen octavillas desplazándose por los grandes almacenes a las horas de gran afluencia, eran peligrosos para la circulación, las ventas y en caso de incendio.

Un joven canoso

En efecto, la gente se apoltonaba alrededor del hombrecillo rechoncho, en traje negro con rayas



John Lindsay

de la «Cosa Nostra» para hacer entrar en razón a los estudiantes excitados y pegar, hasta la muerte, a sus jefes, para darles una buena lección. Los «gentlemen» de la mafia quedaron realmente decepcionados al ver que el decano declinaba sus sinceras ofertas de servicio.

Nueva York, pues, tiene miedo. Vaga o precisamente. Y la paradoja es que la ciudad más rica del mundo, cuyos puertos, aéreo y ma-

unos 30.000 en el demócrata, para que los dos candidatos, oficialmente investidos en la batalla de la alcaldía de Nueva York el próximo otoño, sean los que pretenden resolver los problemas de Nueva York prometiendo reducir el miedo difuso con los medios que precisamente provocan la rabia, agravan la tensión y desencadenan el terror. La ley y el orden. Este es el «slogan» que frecuentemente pue-

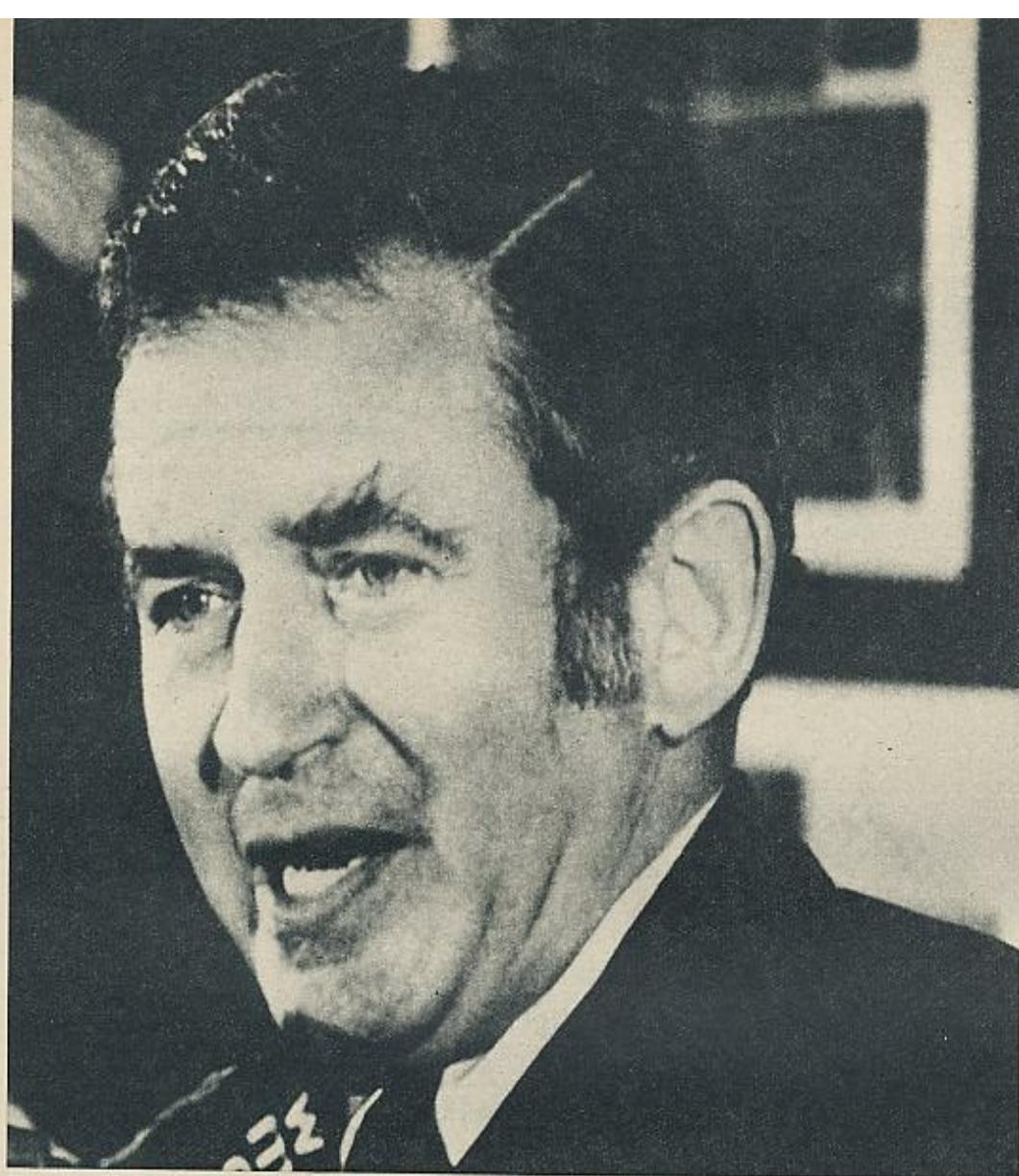


Robert Wagner

el derecho democrático a presentarse a las elecciones y tratan de impedir que la gente sería se ocupe de las cosas serias?

Norman Mailer responde que si uno mira las cosas desde el punto de vista estrictamente electoral la verdadera batalla es la que tendrá lugar en noviembre. ¿Serán entonces los electores neoyorquinos libres de votar por el bien mayor o por el mal menor? Dice también

blancas, de pelo rizado y fosco, peinado cuidadosamente por una vez, con sus hombros y sus orejas de boxeador. El equipo de Mailer parlamentó con los detectives de Macy's y todo el mundo se encontró en la calle. Hay que decir que al principio, entre la multitud, Mailer pasaba totalmente inadvertido. «¿Quiere usted ver a mister Mailer?», preguntaban los estudiantes a la señora negra encargada de



Norman Mailer

los paquetes, al señor en traje de ejecutivo y al ama de casa del Bronx que acababa de comprar un acondicionador de aire portátil. Habla gente a quien realmente aquel nombre no le decía gran cosa. Otros, que aguzaban el oído e iban a hablar con Mailer.

Al cabo de cinco minutos hubo un atasco, al cabo de diez fue el tumulto. Mailer y su cuarta esposa, la actriz Beverly Bentley, estrechan manos, discuten con la gente. Mailer el soberbio, el ex guerrero del Pacífico, el hombre que ha aparecido en la primera página de los periódicos, desde hace veinte años, como joven escritor-prodigio, autor de films, que ha estado en la cárcel por haber apuñalado a una de sus esposas en un día de enfado y cinco años después por haber batido todos los records de éxito con un libro stendhaliano sobre la Marcha de la Paz sobre Washington; Mailer tiene el aspecto de un joven canoso e intimidado por todos esos desconocidos que le rodean y le hacen preguntas. Esta tarde debe ir a la universidad de Nueva York, en Washington Square, a hablar a los obreros a la salida de una fábrica de Queen's, participar en un debate televisado, celebrar una reunión en el barrio portorriqueño... Cuando sale del «baño de muchedumbre» la gente de su equi-

po mira el reloj. Pero Mailer tiene sed, y nos encontramos al fondo del salón de té, Schrafft, de la calle 33. Se atusa con un peine mojado el cabello, como el buen alumno que no quiere que el profesor, en el examen, le suspenda porque lleva un peinado «bohémio».

Un negro blanco

Una estudiante en minifalda y sandalias me ha dado un «badge» en el que se lee: «The others guys are the joke. Vote Mailer-Breslin». Durante dos horas, mientras hablaba con Mailer y le oía hablar a los neoyorquinos, me dije que, en efecto, quizá sean los otros guys, los otros tíos, los que son unos fanfuchos, the joke. En todo caso, Mailer, el escritor de genio, Mailer, el tumultuoso, ha escrito un libro que se llama «Publicidad para mí», ha caído K. O. en Central Park, derribado por Sonny Liston para demostrar que él también sabe boxear, pretende haber dado la victoria y 100.000 votos de mayoría a Kennedy con un artículo, habla de sí mismo en tercera persona en «Los ejércitos de la noche», declarando: «Exceptuando quizá a John F. Kennedy no ha habido ningún presidente ni ningún candidato a la presidencia desde la Segunda Guerra Mundial al que Mailer haya

considerado, secretamente, más capacitado que él mismo». Sí, este Mailer, que es una mezcla de Stendhal, de Barnum y de los que él llama el «negro blanco», es muy seriamente serio cuando habla de política urbana y de política en general.

Le pregunto: «Le he oído decir que es usted liberal-conservador, un progresista-reaccionario. ¿Qué quiere decir con eso?». «Soy liberal porque creo que si se deja a los hombres libertad para decidir su vida lo hacen mejor que los "dirigentes". Soy conservador porque no creo que el Estado, los poderes constituidos, sean capaces de decidirlo todo». «Los hombres políticos le tachan a usted, irónicamente, de ser un escritor perdido en los meandros de la política». «Hace bastante tiempo que los malos políticos hacen mala política. Ya era hora de que un buen escritor intentara hacer buena política». «¿Qué quiere decir su "slogan" "Nueva York, cincuenta y un Estado"?». «La democracia parte de abajo. Si se quieren resolver los problemas de Nueva York es preciso que en cada barrio sus habitantes tengan derecho a la palabra, que cada barrio disponga de una cierta autonomía y que la ciudad que paga quince mil millones de impuestos al Estado Federal y recibe a cambio

tres mil miserables millones, administre sus propios recursos, resuelva por sí misma los problemas de higiene municipal, de enseñanza, de criminalidad, de transporte, de vivienda, de polución atmosférica». «Pero la ciudad de Nueva York son ocho o diez ciudades. Una ciudad anglosajona, una ciudad negra, una ciudad judía, una ciudad portorriqueña, una ciudad italiana, etcétera... Son ocho millones de seres que, ante todo, no tienen más cosa en común que los motivos de descontento. ¿Es que esta **Metrópolis** no corre peligro de estallar, según dicen sus adversarios, si no se impone a sus millones de habitantes un mismo orden y una misma ley, si el poder negro reina en Harlem y Newark, el poder portorriqueño en el Spanish Harlem, el poder judío en el Bronx y en Brooklyn, el poder estudiantil en los campos, el poder italiano en Little Italy y el poder «hippy» en el Lower East Side?». «La verdadera democracia no consiste en pasar en el pasapurés a las minorías y a las comunidades. La igualdad no es la uniformidad. Mire a los negros. Nunca he conocido a un negro estúpido. Lo mismo que los judíos, lo mismo que los portorriqueños, les han pasado demasiada morada como para no ser inteligentes en la vida. Si se les concede la palabra en lo que les concierne directamente se las arreglarán mucho mejor que los burócratas y los policías que pretenden decidir por ellos a distancia».

"Sweet Sunday"

El programa de Norman Mailer ha puesto los pelos de punta a aquellos para quienes la solución de los problemas de Nueva York, en particular, y de los Estados Unidos, en general, es simplemente cuestión de puño, de policía o de guardia nacional. Han hablado de utopía ante su proyecto del «Sweet Sunday» mensual, un domingo sin coches, sin autobuses, sin máquinas que apesten el aire. Se han encogido de hombros ante su idea de «Nueva York, 51.º Estado». Han reído con sorna ante su plan de autonomía de los barrios, de democracia de las comunidades. Mailer ha sido batido en todos los terrenos. Pero las ideas que ha lanzado van abriéndose camino. Sus propios adversarios victoriosos se ven obligados a adoptarlas, o, al menos, a adornarse con sus plumas. Y, por ejemplo, cuando siguen diciendo que para suprimir la criminalidad en Nueva York hacen falta policías más duros, primas más elevadas, leyes más duras, el punto de vista de Mailer empieza a marcar tantos. Desde hace meses, en efecto, repite: «La criminalidad no es una enfermedad, sino solamente un síntoma. Nueva York no necesita ser aún más castigado. Necesita ser curado, como lo necesita el conjunto de la sociedad».

■ CLAUDE ROY.